

Mérida y el debate equivocado: los muros primero, la vida de las mujeres después

Reporte elaborado por Álvaro Quiñones Aguilar

Director de Decide Market Research

Cada año, en Mérida, el calendario trae consigo una escena que ya conocemos demasiado bien. Llega el 8 de marzo, se organiza la marcha, aparecen las consignas, las paredes se llenan de mensajes y, al día siguiente, la ciudad despierta con una discusión que parece repetirse con una precisión casi mecánica. Los medios buscan la imagen más llamativa: la estatua intervenida, el edificio pintado, el monumento cubierto de nombres y frases. Las autoridades anuncian que evaluarán los daños al patrimonio. En redes sociales comienza la batalla moral. Y así, una vez más, Mérida se divide en dos posiciones que ya nadie necesita explicar porque todos las conocen de memoria.

De un lado están quienes sostienen que, frente a la persistencia de la violencia, el cansancio acumulado y la lentitud de las instituciones, la protesta radical es una forma legítima de expresión. Del otro lado aparecen quienes, aun reconociendo la legitimidad de las demandas, consideran que dañar monumentos históricos o espacios públicos no puede justificarse. Los argumentos se repiten con una fidelidad casi ritual. Cambian las personas que los dicen, pero no cambia la conversación.

Y mientras Mérida discute los muros, deja de discutir algo más importante: la vida de las mujeres que habitan la ciudad.

La ironía es evidente. Se debate con intensidad sobre las paredes pintadas, pero casi nadie mira con la misma atención las cifras que describen lo que ocurre todos los días, lejos de las marchas y lejos de las consignas. Esas cifras no aparecen en fotografías virales ni provocan indignación inmediata. Son menos espectaculares. Pero cuentan una historia mucho más profunda.

Tomemos primero el trabajo, ese territorio silencioso donde muchas desigualdades se esconden detrás de la normalidad cotidiana. Cuando se revisa la distribución del ingreso laboral entre hombres y mujeres, lo que aparece no es una brecha que desaparece con el tiempo, sino una desigualdad que cambia de forma y persiste.

Ingreso	2005 Hombres	2005 Mujeres	2016 Hombres	2016 Mujeres	2025 Hombres	2025 Mujeres
Hasta un salario mínimo	16.7%	36.2%	12.6%	32.1%	35.4%	52.4%
Más de 1 hasta 2 salarios mínimos	32.0%	27.7%	31.5%	29.3%	41.1%	28.1%

Ingreso	2005 Hombres	2005 Mujeres	2016 Hombres	2016 Mujeres	2025 Hombres	2025 Mujeres
Más de 2 hasta 3 salarios mínimos	18.0%	9.2%	23.8%	15.0%	7.7%	4.8%
Más de 3 hasta 5 salarios mínimos	13.5%	9.6%	13.1%	8.0%	3.1%	1.9%
Más de 5 salarios mínimos	9.6%	7.6%	7.1%	4.9%	1.2%	0.7%
No recibe ingresos	9.4%	9.3%	6.4%	6.0%	3.6%	5.6%
No especificado	0.9%	0.4%	5.4%	4.8%	7.8%	6.5%

En 2005, el 36.2% de las mujeres ocupadas ganaba hasta un salario mínimo. Entre los hombres la proporción era de 16.7%. Ya entonces la diferencia era grande. Once años después, en 2016, la cifra femenina seguía siendo prácticamente la misma: 32.1%, mientras que entre los hombres descendía a 12.6%. La desigualdad no se movía demasiado. Parecía instalada.

Pero el dato que debería sacudir la conversación aparece en el registro más reciente. Para 2025, el 52.4% de las mujeres ocupadas se encontraba en el nivel de ingreso más bajo, el de hasta un salario mínimo. Más de la mitad. Entre los hombres la proporción era de 35.4%. Dicho de otra forma: mientras más de un tercio de los hombres trabajadores se ubica en el nivel salarial más bajo, entre las mujeres esa condición alcanza a más de la mitad.

La desigualdad no se evaporó con los años. Simplemente aprendió a convivir con nosotros.

En los rangos salariales superiores la escena tampoco cambia demasiado. En el nivel de más de uno hasta dos salarios mínimos, el 41.1% de los hombres se ubica ahí, frente a 28.1% de las mujeres. Y conforme el ingreso aumenta, la presencia femenina se vuelve cada vez más escasa. En el rango de más de cinco salarios mínimos, apenas el 0.7% de las mujeres alcanza ese nivel, frente al 1.2% de los hombres. Son porcentajes pequeños, sí, pero revelan un patrón persistente: los ingresos más altos siguen teniendo una presencia masculina mayor.

Lo llamativo es que este tema casi nunca aparece en la discusión pública que rodea al 8 de marzo en Mérida. El ingreso laboral no produce fotografías dramáticas. No hay monumentos que simbolizen una brecha salarial. No hay paredes donde pueda escribirse el porcentaje que revela la desigualdad. Y sin embargo, ahí está, todos los días, estructurando la vida de miles de mujeres.

Algo parecido ocurre cuando se observa la violencia.

Año	Porcentaje de mujeres de 15 años y más que experimentó violencia en el último año
2016	45.8%
2021	44.9%

En 2016, el 45.8% de las mujeres de quince años o más reportó haber experimentado algún tipo de violencia en el último año. Cinco años después, en 2021, la cifra era de 44.9%. Apenas un cambio mínimo, casi estadísticamente inmóvil. Lo que eso significa, dicho sin rodeos, es que casi una de cada dos mujeres vive alguna forma de violencia cada año. Cuando un indicador se mantiene así durante años, no describe un accidente social. Describe una normalidad incómoda. Una normalidad que aprendimos a mirar sin demasiada sorpresa.

Pero quizá el contraste más revelador aparece cuando se observa la percepción de inseguridad en la ciudad. Mérida suele presumirse como un lugar seguro, y en muchos sentidos lo es si se le compara con otras ciudades del país. Sin embargo, esa afirmación depende mucho de quién esté hablando.

Lugar	2016 Hombres	2016 Mujeres	2025 Hombres	2025 Mujeres
Ciudad	29.2%	45.2%	24.1%	49.9%
Su casa	17.5%	29.5%	12.5%	13.5%
Su trabajo	15.3%	12.4%	11.0%	16.6%
Calle	33.6%	46.0%	23.9%	53.9%
Mercado	56.6%	54.8%	22.7%	43.7%
Centro comercial	22.4%	23.4%	7.3%	16.5%
Banco	28.6%	31.3%	14.2%	27.2%
Cajero	43.6%	38.3%	27.4%	44.6%
Transporte público	15.7%	20.1%	18.7%	43.9%
Automóvil	38.3%	29.6%	14.0%	19.3%

Lugar	2016 Hombres	2016 Mujeres	2025 Hombres	2025 Mujeres
Carretera	38.3%	29.6%	24.1%	40.2%
Parque o centro de entretenimiento	28.7%	29.5%	10.5%	30.8%

En 2016, el 29.2% de los hombres decía sentirse inseguro en la ciudad. Entre las mujeres la cifra era de 45.2%. Nueve años después, en 2025, la proporción masculina había bajado a 24.1%, mientras que entre las mujeres había subido a 49.9%. Casi la mitad de ellas percibe inseguridad en la ciudad.

La diferencia se vuelve aún más evidente cuando se mira la vida cotidiana. En la calle, el 53.9% de las mujeres se siente insegura. Entre los hombres, la cifra es de 23.9%. En el transporte público, 43.9% de las mujeres percibe inseguridad, frente a 18.7% de los hombres. En los mercados, 43.7% de las mujeres se siente insegura, casi el doble que los hombres. Incluso en lugares aparentemente neutros, como bancos o cajeros automáticos, la percepción femenina de riesgo es mucho mayor. La misma ciudad. Las mismas calles. Dos experiencias completamente distintas.

Y sin embargo, cuando llega marzo, Mérida no discute estas cifras. Prefiere discutir los muros.

Los medios, seducidos por la lógica de la imagen, encuentran más atractivo el monumento pintado que la tabla de datos incómoda. Las autoridades reaccionan con rapidez cuando se trata de limpiar paredes o restaurar fachadas, pero rara vez presentan indicadores claros sobre cómo está cambiando, o no, la vida de las mujeres en la ciudad. Las propias protestas, atrapadas en una coreografía que se repite cada año, terminan concentrando la atención en la confrontación simbólica más que en el diagnóstico profundo.

Y los hombres, por su parte, siguen participando del problema con una mezcla de indiferencia, incomodidad y negación que tampoco ayuda demasiado a transformarlo.

Así se construye el ciclo perfecto. La marcha. Las pintas. La indignación. El debate sobre las formas. Y después, silencio. Hasta el siguiente marzo.

Quizá ha llegado el momento de que la conversación evolucione. No para abandonar la protesta, sino para que la protesta deje de ser el único momento en que estos temas ocupan el centro del debate público. Porque una ciudad que realmente quiere enfrentar estos problemas necesita algo más que indignación episódica. Necesita conversación permanente. Necesita indicadores. Necesita preguntas que se repitan cada año con la misma insistencia con la que hoy se repite la discusión sobre los monumentos.



¿Está disminuyendo la proporción de mujeres en los niveles salariales más bajos?
¿Está cambiando la experiencia cotidiana de inseguridad en la ciudad?
¿Está reduciéndose la violencia o simplemente aprendimos a convivir con ella?

Responder esas preguntas exige algo más que consignas. Exige datos, análisis y una voluntad política que todavía aparece con demasiada timidez.

Y ahí hay una generación que podría cambiar la forma en que se da esta conversación: las mujeres jóvenes que hoy están en las universidades de Mérida. Una generación que no sólo puede marchar, sino también medir, investigar, cuestionar y presionar con información. Una generación capaz de hacer algo que la discusión pública rara vez logra: convertir la indignación en diagnóstico y el diagnóstico en exigencia concreta.

Porque las marchas pueden abrir conversaciones, pero son los datos los que obligan a transformarlas.

Y mientras Mérida siga discutiendo cada marzo las paredes pintadas con más intensidad que las cifras que describen la vida cotidiana de sus mujeres, la ciudad seguirá atrapada en el mismo debate circular.

Uno que todos conocemos demasiado bien.

Y que, para ser honestos, ya empieza a parecer demasiado cómodo para todos.

© 2026 Decide Market Research. Prohibida la reproducción total o parcial de este informe sin autorización expresa. Para informes personalizados, contáctanos.